

CAPITULO XI (1)

DE LA RETÓRICA

La elocuencia es el don de transmitir á los demás nuestras convicciones acerca de algún objeto, de despertar en otros hombres los sentimientos que á nosotros nos animan y de establecer así corrientes simpáticas de ideas entre ellos y nosotros. Para conseguirlo es preciso que con ayuda de las palabras hagamos penetrar en su espíritu la corriente de nuestros pensamientos con tal fuerza que desvíe de su cauce el pensamiento de ellos, arrastrándole á seguir el curso del nuestro. Esta obra maestra será tanto más meritoria cuando más se apartare la dirección del pensamiento de aquellos á quienes persuadimos de la dirección del nuestro. Se comprende que la pasión y la convicción personal den elocuencia y que sea ésta más bien un don natural que un talento adquirido; pero, con todo, el arte ayuda á la naturaleza.

Para convencer á cualquiera de una verdad que está en oposición con un error que profesa, la primera regla que debemos seguir es fácil y natural: *hay que enunciar primero las premisas y á seguida de ellas la conclusión*. Sin embargo, es raro que se observe esta

(1) Este capítulo se relaciona con el final del párrafo 9 del primer volumen.

regla; de ordinario se procede al revés, porque la precipitación, el apasionamiento y la manía de tener siempre razón, nos impulsa á gritar la conclusión con toda la fuerza de nuestros pulmones y á lanzársela á la cara á quien sostiene una opinión errónea contraria á la nuestra. Así ocurre que el adversario se previene en contra y se opone con toda su voluntad á los argumentos y premisas cuya conclusión sabe de ante mano. Conviene, pues, mantener la conclusión cuidadosamente oculta, para formular premisas claras y completas sobre todos los aspectos de la cuestión. Hasta vale más, si es posible, no enunciar del todo la conclusión, pues se presentará por sí misma necesariamente al auditorio, y la convicción que en él ha de producir será tanto más sincera cuanto que irá acompañada no de un sentimiento de confusión, sino de la satisfacción de sí mismo por haberla hallado. En casos muy difíciles se puede simular que buscamos otra conclusión distinta de aquella á que tienden nuestras miras. Modelo de este género es el famoso discurso de Antonio en el *Julio César*, de Shakespeare.

Muchas personas, cuando sostienen una tesis, cometen la falta de afirmar con seguridad cuanto se les ocurre en su favor, mezclando lo verdadero con aquello que sólo lo es á medias ó en apariencia. Mas lo falso se conoce en seguida ó se sospecha y hace sospechoso á lo verdadero: los argumentos sólidos deben exponerse limpios de toda escoria, guardándonos de defender una verdad por medio de argumentos deficientes, y, por tanto, sofisticos, puesto que los alegamos como si fueran suficientes. Si no, el adversario rebate estas razones y aparenta haber rebatido la verdad que se apoyaba en ellas; en suma, hace pasar argumentos *ad hominem* por argumentos *ad rem*.

Acaso los chinos van demasiado lejos en el sentido contrario cuando dicen: «El que es elocuente y tiene la lengua agil puede dejar la mitad de una proposición sin enunciar: cuando la razón nos asiste nada arriesgamos con conceder las tres décimas partes de nuestra opinión.»

CAPITULO XII (1)

TEORÍA DE LA CIENCIA

Del análisis que hemos hecho en los capítulos anteriores de las diversas funciones de la inteligencia, resulta claramente que para hacer de ellas un uso acertado son necesarias las siguientes condiciones:

- 1) Percibir exactamente, por medio de la intuición, los objetos reales que examinamos, con todas sus propiedades esenciales y todas sus relaciones. Estos son los datos.
- 2) Formar con ellos nociones precisas, es decir, agrupar sus propiedades en abstracciones exactas, que se convierten en seguida en materiales del pensamiento.
- 3) Comparar estas nociones, ya con los objetos de la intuición, ya unas con otras ó con el resto de las nociones que poseemos, de modo que formemos juicios exactos y pertinentes que abarquen y agoten la materia; en pocas palabras, juzgar bien el asunto.
- 4) Reunir y combinar esos juicios para formar premisas de silogismos; esta elección y esta combinación de juicios pueden variar mucho, y de ellas depende el verdadero resultado de toda la operación. Lo importante es que una libre meditación elija de entre todas las combinaciones posibles de los juicios re-

(1) Este capítulo se relaciona con el párrafo 14 del primer volumen.